

Prólogo a “La formación histórica rioplatense” de Luis Alberto de Herrera<sup>1</sup>

Larga e intensa fue la vida de Luis Alberto de Herrera. Su acción política ya era notoria en 1895, cuando integraba con Eduardo Acevedo Díaz la redacción de “El Nacional”. Desde entonces hasta el 8 de abril de 1959, en que muere a la edad de ochenta y cinco erguidos años, no hay suceso uruguayo al que no esté ligado. Incluso hoy está presente por el vacío que ha dejado su desaparición. Historiar a Herrera equivale a historiar más de medio siglo del Uruguay, pieza fundamental del Atlántico Sur, lugar de encuentro argentino-brasileño. Como se comprende, una mera enumeración de hechos salientes de la actuación de Herrera bastaría para rebasar los estrechos márgenes de un prólogo.

Aquí interesa señalar una dimensión del viejo caudillo, arquetipo del “gauchi-doctor”, que por lo común se ha escamoteado o simplemente ignorado. Herrera fue también un intelectual con toda la barba, aunque él no profesara mayor afecto a los “intelectuales”, ni éstos dejaran de menospreciarle. Sin embargo dejó más de veinte libros, directa o indirectamente vinculados a la vida del país. Indispensables para una cabal comprensión del proceso histórico oriental.

La primera obra de Herrera, “Por la Patria”, es simbólica. Se trata de una crónica de la revolución de Aparicio Saravia de 1897, y lleva por título la divisa enarbolada por las últimas montoneras, cuyo ocaso coincide con el amanecer del siglo XX, es decir, mucho después que en la Argentina. Así comenzó Herrera sus tareas intelectuales: “Apenas acampaba el ejército, estaba yo a la pesca de un lápiz, artículo difícil de obtener entre soldados, y robando momentos al cansancio y a aquel apetito devorador de entonces que nunca he vuelto a conocer, bocetaba en cuatro rasgos, ese día de marcha. Muchas veces el pobre caballo al cual le tocara caer en estas manos de murrango, hubo de esperar injustamente enfrenado a que mis garabatos quedaran concluidos... Pero mis libretas, iguales por lo sucias y borroneadas a las de cualquier servicio doméstico, nunca abandonaron mis bolsillos... Conmigo durmieron sin intervalo una noche; conmigo han rebotado por toda la superficie de la República; conmigo corrieron peripecias multiformes”. Años después, las circunstancias más pacíficas, escribió gran parte de sus obras en el extranjero, en viajes, seguramente liberado y descansado del ajetreo político cotidiano. Una pausa en sus jornadas, que le servía para volver y estar de otro modo en el país.

Casi todos sus libros son de interés, algunos de real importancia y significación. Cabe anotar que un escollo al acceso de la obra escrita de Herrera ha sido su peculiarísimo estilo, a veces demasiado abundante, y que con el paso de los años fuera haciéndose cada vez más “telegráfico”, de tan entrecortado, elíptico, exclamativo y ultrasintético en la frase. Por su fortuna, esta característica aguda de su período final no abarca toda su producción. Hay en su obra inicial y de madurez una secuencia, diríamos, más normal, con numerosos pasajes perfectamente logrados, concisos y bien contruidos. Pero, a mi entender, no ha sido su estilo lo que constituyó el auténtico obstáculo a la difusión intelectual de Herrera. ¡Si por estilo fuera, cuántas notoriedades nuestras hubieran sido saludablemente ignoradas! La razón profunda hay que encontrarla en otra parte.

Herrera ha sido el primer “revisiónista” de la historia uruguaya posterior al ciclo artiguista. Hasta ahora el de más entidad. Ha hincado el diente al tiempo crucial que transcurre desde los

---

<sup>1</sup> Reedición de “La formación histórica rioplatense” de Luis Alberto de Herrera. Editorial Coyoacán. Buenos Aires, 1961. Págs. 7-15.

orígenes de la Guerra Grande hasta la Triple Alianza. Y ello le ha valido el silencio, pues el clima ideológico del país se ha mantenido dentro de las vigencias coloradas, o sea “unitarias”.

Tan incontrastables y absolutas estas vigencias, que de muestra basta un hecho: bajo el primer gobierno de Batlle y Ordóñez, el 19 de enero de 1906, los colorados propusieron en la Cámara se votara por aclamación el homenaje a Mitre, y por los siguientes conceptos: “Legislador eminente, vaciado en el molde de Hamilton, fue soldado de la Libertad y el Derecho dentro de los muros invictos de la Nueva Troya, Compañero de Garibaldi, doquiera se luchaba por la libertad y el derecho allí estaba su corazón y su espada. Fue más que eso: fue el Gran Capitán de la Triple Alianza contra el último tirano de América”. Herrera, entonces diputado, se opuso (1) pero la mayoría de la bancada “blanca” lo aprobó. Eran los “galeritas”, los antecesores de los Rodríguez Larreta de hoy, sus enemigos de siempre, que están dando ahora el ritmo de la actualidad política uruguaya. Este aparente absurdo bien vale una breve digresión.

A partir de la Triple Alianza, el viejo partido blanco quedó agonizante. Si bien las masas del interior mantenían existencialmente la raigambre federal, la insularidad uruguaya consolidada dio la victoria definitiva a la ideología liberal-mercantil del unitarismo. No sólo fueron unitarias las vigencias coloradas, también lo fueron las del patriciado de origen blanco. Los vencidos comulgaban con los vencedores. Y este sector funda, en la década del 70, el “Club Nacional” que nace diferente de la corriente popular blanca y para “superarla”. Incluso hay elecciones en que los “blancos” y los “nacionalistas” del Club compiten como adversarios. Va produciéndose luego la confluencia, y de la síntesis entre el pueblo blanco y los patricios del Club se origina el Partido Nacional. De ahí que el Partido Nacional sea, históricamente, el momento de lo blanco a la defensiva, en derrota. Cuando el signo de los tiempos es adverso y lo nacional está en retroceso, sin ideas e incapaz de acuñarlas. En tal sentido, el actual gobierno del Partido Nacional, no desmiente tal perspectiva, sino que la confirma.

Con Herrera se inicia la lenta emergencia de “lo blanco” en el orden intelectual, justamente a través de la revisión histórica. Se trata más de una emergencia retrospectiva que prospectiva, pero ya es el escalón imprescindible, el modo de abrirnos hacia un futuro nuestro, rioplatense y latinoamericano. En esa tarea, por supuesto, no lo acompañan los del sector más oligárquico y unitario, los “independientes”, los más fieles a la ortodoxia liberal abstracta del Club. Y ha querido la historia que en la reciente victoria del Partido Nacional, con la inmediata muerte de Herrera, el control del poder fuera pasando en los hechos y en el tono al “Club Nacional”. Una comparación puede ser útil: también la muerte de Yrigoyen dejó las riendas a Alvear y sus secuaces, los “antipersonalistas”.

Pero volvamos a tomar nuestro hilo anterior. Desde el dato, constatable en cada esquina, de los más diversos preconceptos, confusiones, que padece la gente -y no menos la “intelligentzia”- respecto a la índole del pensamiento político de Herrera, nos hemos propuesto una presentación accesible y global. Nada mejor que dejar la palabra al propio Herrera. Para ello hemos reunido las dos obras que -juntas- resumen con mayor aproximación las grandes líneas del enfoque de Herrera. Donde está más de cuerpo entero. Ellas son “El Uruguay Internacional” y “La Revolución Francesa y Sud América”.

Debemos advertir que se trata de un compendio de ambos libros. Lo hemos hecho con la más estricta lealtad, procurando evidenciar lo esencial dejando de lado todo fárrago. Hemos eliminado, por ejemplo, largas exposiciones sobre la historia de pequeños países lejanos que están a modo de ilustración, o lo referente al proceso de la Revolución Francesa misma, tema que antes apasionaba como ahora la Revolución Rusa, pero que a los efectos nuestros nada

aporta a la problemática nacional. Con los mismos textos de Herrera hemos seguido, seleccionado y ordenado, su propia lógica interna, su conexión estructural.

Conviene una explicación para que se ubique con exactitud el sentido de ambas obras. Las dos fueron escritas en un momento muy preciso. Aparecieron en el umbral de la segunda década del siglo, terminado apenas el ciclo de las guerras civiles y pocos años antes de la Constitución de 1917, base definitiva del Uruguay moderno, donde se consagra el sufragio universal y secreto. Están pensados cuando la transición entre la lanza y el voto.

“La Revolución Francesa y Sud América” se publicó en París, el año 1910, como muchos otros libros de los intelectuales de entonces. Tuvo luego dos ediciones en la Sempere de Barcelona. Y fue uno de los mayores éxitos: Miguel de Unamuno saludó su aparición y hasta el coronel Teodoro Roosevelt pidió una entrevista con el autor, que se realizó de manera sonada en el Ateneo de Montevideo.

La estructura mental de Herrera queda aquí definida en sus rasgos más generales. Denota su estrecha relación con la versión del positivismo dada por Hipólito Taine y Ernesto Renán, de tan poderosa influencia finisecular en Latinoamérica. Una visión de la historia con el método de Taine -todavía es sus últimos años me hablaba de “Los Orígenes de la Francia Contemporánea”-; un ateo con cierta superioridad cordial frente al hecho religioso como Renán. Podríamos agregar que evidencia también la impronta liberal de un Tocqueville y un sentido nacional a lo Maurice Barrés.

Este cuarteto es, en efecto, donde se abreva lo medular de Herrera. Se sobreentiende que a partir de su experiencia profunda de la historia oriental y rioplatense. No hay asimilación mecánica sino orgánica. Sin embargo se encuentran ambigüedades que es necesario visualizar.

Se trata de la inflexión que Herrera da al término “jacobino”. Con éste no sólo designa el absolutismo de una ideología, la negación del pasado, el enajenarse en lo abstracto, sino que primordialmente se refiere a lo abstracto importado, extranjero. Para Herrera unitario y jacobino se identifican: los unitarios son “demagogos jacobinos”. Hay aquí un equívoco: el jacobino fue nacional en Francia, en tanto que el unitario fue antinacional en el Río de la Plata. Este aspecto esencial Herrera no lo percibe. Pero vale recordar que en Montevideo un grupo patricio principista y enemigo del gauchaje había fundado años atrás un “Club Jacobino”, y que Mitre decía que él, Rivadavia y Moreno eran “jacobinos”. Importa pues fijarse en esa acepción rioplatense. Aunque Herrera es una reacción contra el mitrismo, todavía no se libera de sus categorías.

Por ello tampoco es una incongruencia que Herrera extienda el término de jacobino a la calificación de anarquistas y socialistas. Todos sabemos de la alienación padecida en sus orígenes por la izquierda clásica rioplatense: europeizante, violentamente negadora de lo nacional. Se puede traer a colación la expulsión de Manuel Ugarte del Partido Socialista de Justo, donde se proclamaba que “una carne con cuero es preferible a la bandera”. Es contra esta izquierda abstracta que Herrera se afirmaba ciudadano del Uruguay y no “del Mundo”. Lo primero le significaba ser algo, lo segundo nada.

También Herrera usa el término jacobino para designar las formas virulentas anti-religiosas, anti-católicas. Es una de sus diferencias capitales con Batlle y Ordóñez, siendo ambos empero partidarios de la separación de la Iglesia del Estado.

“La Revolución Francesa y Sud América” es un alegato contra la alineación de lo nacional en lo extranjero.

En cuanto a “El Uruguay Internacional” también se publicó en París, el año 1912. Su objetivo era alertar a la opinión adormecida respecto a los problemas específicos del Uruguay, pues tenía una gran preocupación por el desinterés de la gente frente a su propia historia. No olvidemos que el Uruguay estaba inundado por la ola inmigratoria. En esta oportunidad, Herrera formula su interpretación global del proceso rioplatense del siglo XIX. Mientras que en “La Revolución Francesa y Sud América” había hipertrofiado el peso de las ideologías como causa principal de las perturbaciones hispanoamericanas, ahora se mueve en el terreno de lo geo-económico y precisa con plena lucidez el rol de Buenos Aires y su Aduana en las guerras rioplatenses. Salta de un idealismo histórico a un realismo concreto. Ese realismo era visible, por otra parte, en obras anteriores.

A pesar de ver con claridad la función desquiciadora de Buenos Aires, no vislumbra el otro cabo de la cadena, no percibe al socio capitalista, o sea el imperialismo inglés. Ve al socio industrial, pero no lo conecta con su ícubo. Todo lo contrario, elogia al inglés. No deja esto de ser lógico: la balcanización se había coagulado y los latinoamericanos vivían ya a su fragmento respectivo como totalidad nacional. Si la balcanización no era tal, sino pura “independencia”, entonces el corolario inevitable es que el imperialismo inglés no perjudicó, sino que “ayudó”. Esto ha sido un criterio generalizado en todos los pueblos latinoamericanos: los uruguayos no han estado exentos, ni Herrera tampoco. Lo contrario hubiera sido poner derechamente todo en cuestión, pero todos se sentían pacíficamente “independientes”. Recién ahora Latinoamérica comienza a verse a sí misma como unidad frustrada. Y en este sentido, nadie refleja mejor y más agudamente que Herrera las contradicciones de un “nacionalismo uruguayo”, que se reconoce en su raíz artiguista e hispánica y que sin embargo se recluye, se enquistaba en su propio fragmento. Lo mismo puede repetirse de los otros nacionalismos incompletos, ya sea paraguayo, argentino, venezolano, mejicano, etc. La Patria Grande estaba obnubilada por las patrias chicas.

Aunque escrito hace cincuenta años, “El Uruguay Internacional” traza el cuadro fundamental de las posiciones históricas de Herrera. Es cierto que con posterioridad Herrera introdujo numerosos enriquecimientos y amplió su horizonte. Se puede así indicar algunas variantes de importancia. Por ejemplo: es sus primeras etapas Herrera es un reivindicador de Urquiza, pero en la segunda guerra mundial, las tensiones de su lucha por la neutralidad (cuando Pearl Harbor hizo aquella célebre y escandalosa declaración: “es una guerra de colosos, festín de leones; allá los amarillos contra los rubios!...” ) le alumbran retrospectivamente las intervenciones anglo-francesas en el Río de la Plata. Su posición nacional y anti-imperialista le conduce a levantar la memoria de la Guerra Grande, y aún defender a un tabú uruguayo como Rosas. Correlativamente, su aprecio por Urquiza declina.

Es importante señalar que “El Uruguay Internacional” tuvo como origen circunstancial la disputa argentino-uruguayo sobre los límites del Río de la Plata, y que es el momento de mayor irritación de Herrera respecto a la Argentina. Para él, la cuestión del Plata era de vida o muerte para el Uruguay, como lo es efectivamente. Pero entendió siempre, a la vez, que los derechos del Uruguay sobre el río le imponían obligaciones, perpetuas con los demás países de la Cuenca. Allí está una de las raíces más hondas del neutralismo herrerista en las dos guerras mundiales. Cuando a finales de 1940 se plantea la instalación de bases militares norteamericanas en el Uruguay, la resistencia de Herrera fue inquebrantable: “¡Bases, jamás!”. No sólo era defender la soberanía uruguayo: tampoco quería dejar convertir al país, como decía, en un “Caballo de Troya”, no podía permitir un revólver sobre el corazón argentino. Y en aquellas horas dramáticas se movilizaron todas las fuerzas contra él. Pronto los stalinistas fueron el elemento de choque.

Fue el tiempo de la consigna stalinista de “Herrera a la cárcel”, aplaudida por los infaltables “demócratas” del imperialismo. Su férrea neutralidad le costó a Herrera el golpe de Estado de 1942, dado por Baldomir e inspirado por Estados Unidos (no fue la única vez que los yanquis se le cruzaron al camino: también en 1959 a través de Nardone lo radiaron de la victoria del Partido Nacional). Pero esa batalla fue una etapa culminante de su vida política. En medio del fragor, Herrera recordaba y recogía aliento del ejemplo de Hipólito Yrigoyen.

¡No se podía entender que el hijo del canciller blanco cuando la Triple Alianza, que el soldado de Saravia, se aferrara con uñas y dientes a su pago criollo! “Mi vaso es pequeño, ¡pero yo sólo bebo en mi vaso!”. Herrera pensó y actuó en términos uruguayos y rioplatenses. Así se opuso a la doctrina cipaya de la “intervención multilateral” y a Braden. Pero el conjunto del Uruguay, desde su insularidad abstracta, se sentía “ciudadano del mundo” y le trasponía el plano de la “disyuntiva mundial”, no lo situaba en la opción nacional. De ahí la absurda tergiversación que implicaba la acusación de “nazi”. De nada valía que Herrera repitiera una y mil veces, en todos los modos posibles: “Nosotros, los hombres del Sur, por encima de todo, estamos “aquerenciados”... pues ¡con nuestros quereres!”. Y que su política internacional se redujera a esta sensata fórmula: “La coordinación de actitudes entre Uruguay, Argentina y Brasil, es un imperativo histórico y moral y es una forma viva del instinto de conservación”. Todavía el Uruguay estaba ausente de Latinoamérica.

En suma, la actuación de Herrera acontece en las vísperas, culminación y crisis del Uruguay moderno. Abarca el ciclo de un país plenamente satisfecho de sí, próspero, liberal y extraño a América Latina. El nacionalismo de Herrera fue estructuralmente uruguayo, aunque con una dimensión de nostalgia, de solidaridad con el añejo tronco hispanoamericano. Esto le cualifica, le distingue de la tónica dominante propia de un cosmopolitismo portuario. Aunque Herrera es también un fruto de la balcanización coagulada, mantuvo fidelidad y orgullo de ser iberoamericano. “¡Yo estoy contento de mi raza!”

Una analogía puede contribuir a entenderle. En tanto que Yrigoyen fue una síntesis del viejo país argentino y la inmigración, ese fenómeno quedó en gran medida bifurcado en el Uruguay. Dentro del Partido Colorado, de filiación “garibaldina”, Batlle fue el gran intérprete de las nuevas masas de inmigrantes. Dentro del Partido Nacional, Herrera fue el “jefe civil” del pueblo criollo. Lo que se dio unido en Argentina con Yrigoyen, en Uruguay se concretó en la dualidad Batlle-Herrera: Herrera representa, como tipo, un cierto equivalente a Yrigoyen y al “gaucho” riograndense Getulio Vargas. Pertenecen a la misma coordenada histórica. No es un azar que haya estado ligado por honda amistad con ambos.

Así, el nacionalismo herrerista es de raíz rural, lo que explica la conexión ideológica de Herrera con Barrés. Aunque, por la diversidad de circunstancias, asumiera un distinto sentido. Aquí fue un nacionalismo “nativista”, salvador de las raíces autóctonas, procediendo al rescate de lo que se denostaba como “barbarie”. En un país semi-colonial mantuvo el cordón umbilical. En su conjunto, Herrera fue un liberal con sentido nacional. Político concreto más que ideólogo -le repugnaba el término-, sólo le inquietaba el “arte de lo posible”. Se movió dentro de pautas reformistas, con un empirismo de estilo inglés y mañas de baqueano. Es que el país era estructuralmente agropecuario, en la órbita pacífica de Gran Bretaña, sin fuerzas para montar industrias de consideración. La personalidad misma de Herrera refleja tal situación. Y sus virtudes son también sus límites, los límites de su coyuntura objetiva. Como es obvio, el Uruguay aislado no da para grandes empresas históricas.

Hoy en cambio, estamos al filo de una nueva época. La crisis del imperialismo, el surgimiento de nuevas fuerzas sociales, la emergencia de Latinoamérica como totalidad y su industrialización, nos imponen muy otras tareas. Tendremos que ir mucho más allá de Herrera, pero contando con él a nuestras espaldas. Un síntoma de ello ya se vislumbra en las generaciones uruguayas que entran al ruedo, y es la irrupción en estas tierras orientales de un potente “revisionismo histórico” que, quiérase o no, hunde sus raíces en Herrera. Sólo que ahora es prospectivo, lleva el futuro en su entraña y vocación, con la unidad latinoamericana como horizonte y quehacer.

Mucho es lo que aún tendríamos que decir, pues la figura del viejo caudillo está como tapiada por una muchedumbre de malentendidos. Pero es tiempo de empezar por el principio: tomar contacto directo con él.

Notas:

(1) Herrera será el primer revisionista de la Guerra de la Triple Alianza. Y Paraguay, reconocido, le hará en 1912 los máximos honores: ciudadano y general.